

PERFILES

DE UNA

LLAGA SOCIAL



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE PABLO CONI, ESPECIAL PARA OBRAS

60 — CALLE ALSINA — 60

—
1881

SEÑOR CURA VICARIO

P. VALENTIN MARTINEZ

« Inteligenti pauca. »

*Admita esta dedicatoria, como débil y pobre
muestra de mi reconocimiento.*

S. D.

EL JUEGO

De todos los vicios que pueden perseguir al hombre, el juego es sin disputa el mas fatidico y trascendental de todos ellos.

Esta pasion hace de sus adoradores, lo que una coqueta y desamorada dama hace con sus galanes; jugueteando con ellos primeramente, engañándolos despues, para convertirlos en último término, en un juguete á merced de sus veleidosos caprichos y esclavos de sus tiránicos deseos.

Este fatal vicio es el traidor enemigo que nos quita el sociego, el que nos roba la tranquilidad

del corazón y el que insensiblemente sin que nosotros de ello nos apercibamos, nos vá conduciendo lentamente hácia una resbaladiza pendiente, de donde solamente se vislumbra el crimen, la mentira, la infamia, sangre, lodo y miseria luchando ferozmente con una familia honrada que hace sobrehumanos esfuerzos por salir, sin que pueda conseguirlo, por tenerla por todas partes asida los terribles y feroces huéspedes que habitan el lóbrego y oscuro antro que se divisa en el abismo.

Ellos le hacen una tenaz persecucion, por todas partes lo asedian, por todas partes le acometen y por todas partes encuentra cerrada la salida, único refugio para su salvacion.

Si el desgraciado juguete de la pasion observa lo que pasa á sus piés, si se detiene en analizar hecho por hecho, acto por acto, cuanto pasa en el infernal sitio á que le han conducido ; entónces, de seguro antes de ser presa del vértigo que le amaga, salvará la resbaladiza pendiente y alejándose de tanta hediondez, volverá á emprender otro camino que le conduzca á lugares donde solo se vislumbre honradez, gloria, alegría y bendiciones.

Entonces reaccionará su espíritu, renacerá para él la alegría, llevando la calma á su corazón y abandonará para siempre á la caprichosa dama que con sus halagos le tenía esclavizado.

Entonces es cuando la razón se dá cuenta exacta de sus actos, una vez quitada la venda, se aprecian debidamente las heridas en estado de cicatrización, donde antes amenazaba una mortal gangrena.

Traedme el hombre mas honrado que puede concebirse y yo prometo que con la pasión del juego, lo haré el sér mas desgraciado, él será débil, mal ciudadano, mal hijo, pésimo padre, malísimo esposo, y desgraciable sér de la sociedad por bajo, criminal y abyecto; que se repugnará á sí mismo.

El juego tiene una escala, en la que cada tramo es un crimen y donde cada paso viene á convertirse en una deshonra, que le conducirá indefectiblemente al sitio destinado para la escoria de la sociedad, donde no impera sinó el crimen.

¡ Feliz este trabajo mío si consigue el objeto á que yo le destino !

Feliz si él puede á manera de lente, servir para descubrir en la llaga, los puntos gangrenosos que

es preciso destruir para que venga una saludable cicatrizacion que impida la destruccion de un miembro tan importante como precioso á mi corazon.

CAPITULO I

DE CÓMO UN HOMBRE HONRADO PIERDE EL SOCIEGO

Don Agapito era lo que en buen castellano puede decirse un hombre de bien, trabajador y laborioso; en nada pensaba que no fuera sinó para complacer á su cariñosa esposa que ayudábale tambien, para criar á sus dos hijos, objeto de todos sus afanes.

Tendría Don Agapito como 35 años, una muy buena salud y escelentes prendas personales que le hacian estimable á cuantos le trataban; con ingenio natural, si así puede espresarse esa disposicion intelectual, en que sin haber cultivado las ciencias ni asistido á las Universidades, sentíase capaz de poder apreciar con algun acierto esos actos sociales que llegan á ser el *terribile imbroglio* de las personas algo romas de enten-

dimiento. Así es que desempeñaba variadas funciones; de las que salía con honra y provecho.

Buen cristiano, educaba á sus hijos en las sagradas fuentes de la mas pura moralidad, y esto mas que nada contribuia en que su esposa Carlota viviese feliz y contenta, respirando esa paz doméstica tan envidiada y apetecible que hace de una familia una espiritual mansion donde solo pueden morar corazones puros y honrados.

Doña Carlota era la verdadera mujer española, económica y laboriosa en alto grado, sabía manejar su propia casa con aquella asiduidad y prolijo esmero tan peculiar en nuestras madres, y supérfluo será decir que sus hijos eran su constante anhelo para los que entreveia como cariñosa madre, un porvenir risueño; sentíase orgullosa en poder esconder debajo de un ladrillo, dos duros al mes, fruto de sus economías, con los que pensaba librar á un hijo del servicio militar si la mala suerte le cabía.

Ama de llaves ó mejor dicho persona de confianza en la casa donde tambien estaba ocupado su esposo, sentía trascurrir el tiempo tan dulcemente sin que turbara su paz, ninguno de aque-

llos contratiempos tan comunes en la vida ; sus hijos Alfredo y Eduardo, mayor el primero de ocho años y siete el segundo, eran dos muchachos humildes y despejados que coronaban el cuadro de felicidad doméstica que todos envidiaban.

Los recursos de esta familia si bien algo escasos, eran lo suficiente para con un poco de economía y orden, educar á su prole, único ideal que por entonces les ocupaba.

Chocolate por la mañana, sopa con chorizo para el almuerzo ; comida de sota, caballo y rey, y cena de cocido y guiso por la noche, era el menú de la casa, sin que dejaran de asarse algun cabrito en alguna festividad y comer algun vesurgo para pascuas de Navidad y alguno que otro extraordinario en el cumpleaños de los gefes de la casa.

Arreglar las cuentas por la mañana, recorrer las heredades por la tarde, despachar la correspondencia antes de cenar, y leer el santo del año Cristiano antes de acostarse, eran las habituales ocupaciones de D. Agapito : si bien ahora diferian algun tanto, pues sócio del Club y en continuo trato con la gente desocupada, algunas noches no habia año cristiano, pues comprometido con

una partida de mús, le habia sido forzoso permanecer en el Club hasta las 10, con gran zozobra de D^a Carlota que instintivamente sentia ser esta primera falta, el preludio de una série de disgustos, que ahora no comprendía, pero que su perspicacia de mujer le hacía entrever.

— Bien, es la verdad (decia D^a Carlota), ¿cómo se vá á negar con esos señores? Parecería impolítico y desatento. Pero he creido notar en la Señora un cierto aire de contrariedad que me preocupa. Además Agapito no há de jugar por interés: de eso estoy segura.

Pasaban dias y mas dias, y cuando no se pasaba las noches en el Club, eran las tardes, abandonando sus ocupaciones con disgusto del Señor que ya una vez le habia reconvenido:

— Las personas como Vd. Don Agapito, no deben ser tan complacientes, en asuntos en que se resienten sus intereses; bien, muy bien me parecen esas distracciones que solo llevan por objeto pasar un rato de sociedad, pero de ninguna manera puedo consentir que abandonado los quehaceres, se aficione al juego que ya ha debido costarle sus ahorros, y causado la justa estrañeza de las personas que bien le quieren.

Sin embargo de estas amonestaciones, que Don Agapito encontraba justísimas, sentía una mezcla de vergüenza y sentimiento, que le hacían ocultar á su esposa, el resultado de sus ya reiteradas faltas, y no se resolvía á manifestarle lo que por préstamo habia perdido; no encontraba otra resolución, que aventurar en el juego para procurar el rescate y así abandonar para siempre, lo que tanto inquietaba á su esposa, y que tan sin sociego y preocupado lo tenía.

Por aquí principia siempre á arraigarse la terrible pasión; por restaurar lo perdido en un inocente entretenimiento, viénese á parar en el juego de azar donde se intenta en pocos momentos, atesorar la cantidad apetecida: trascendental paso, que decide la suerte de una familia; tentados momentos en que si la fortuna es adversa, procúrase con mucho ardor, la consecucion del ideal, ¡restaurar lo perdido! esta idea absorbe todos los pensamientos de Don Agapito, no come, no duerme, y en vano quiere entregarse á su diario trabajo, una idea sola lo domina, su ingrato corazón, le hace débil y las ojeras que aparecen tan visibles, delatan al infeliz subyugado por un solo pensamiento: ¡el juego!

No es todavía el vicio descarnado, está revestido con los fútiles pretextos de vergüenza y pusilanimidad y para salir de este estado, es forzoso probar á la fortuna.

—No es posible vivir así, ¡Dios mio, cuanto sufro! mi mayor dolor será si mi Carlota llega á apercibirse de mi estado. Nó. . . que no lo sepa; quiero ahorrarle este disgusto; y yo solo, comprendiendo todo lo bajo y ruin de mi proceder, tengo la firmeza bastante para retirarme para siempre del juego. Sí, para siempre: volaré á mis antiguos hábitos, pasará tranquilamente mi vida al calor de mi familia, y no me atormentarán mas estos agudos dolores, con nada comparables; pero antes recobraré, lo que ya hé perdido.

Una persona de honor y que conozca la vergüenza, debe ocultar á su esposa, lo que tanto le haria padecer, y á mas es preciso reintegrar á N. lo que generosamente me prestó, sí, una vez, y nada mas.

Así discurría el infeliz Don Agapito, antes de entregarse al juego de azar. No es posible detenerlo, con febril impaciencia y sintiendo los tumultuosos latidos de su corazón, ahogando los gritos de su conciencia y venciendo la repug-

nancia que le inspiraba el acto que iba á cometer, introdúcese en una casa de juego.

Todo es repugnante y bajo, la atmósfera viciada, débil y vacilante la luz, mezquino y lóbrego el antro donde agrupados en derredor de una mesa, véñse á diez personas macilentas estar suspensas de la salida de una carta, que se acompaña de imprecaciones jamás oidas; óyese el metálico ruido del dinero que con mano febril recoje un desgraciado que su sola ocupacion es presenciar las torturas del que ávido de dinero, observa con ojos chispeantes como todo vá á parar al monton que del verde tapete escita la codicia del avaro: junto al viejo corrompido, vése al incauto jóven seguir con febril impaciencia, la veleidad de la suerte; al lado del tahir, toma asiento el confiado padre de familia que lleva en sus bolsillos, lo que tal vez sus hijos precisan en aquel momento para saciar el hambre; enfrente de un criminal, toma asiento uno que no lo es, y todos á la par respiran codicia; cual maldiciendo la suerte, tal gozándose de su buena estrella; uno devorando en silencio su desesperacion, y otro aparentando indiferencia cuando se abrazan sus entrañas, y todos pendientes de la mano del

que con sus palabras incitantes, despierta en los demás la furiosa sed del dinero.

¡Qué febril ansiedad!! Cómo brillan sus ojos!!

Desgraciados: suspended por un momento vuestro criminal juego, y observad lo que pasa en el seno de vuestras familias; todo miseria, todo sobresaltos, todo lágrimas, todo desconsuelo, todo abandono!!!

Por aquí una esposa estrechando convulsivamente á sus hijos y anegada en lágrimas viendo el desvío de su esposo; por allí una madre pesada á quien su hijo malgasta el fruto de su vida logrado á fuerza de penalidades y economías, por acá luchando con la miseria, por allá devorando la vergüenza y por todas partes, luto, lágrimas y pesares.

Nada de esto importa al desgraciado ser que apegado al tapete, solo vislumbra oro y mas oro, convulso hasta esperar la ocasion propicia de serle la fortuna favorable: entónces, frenético, gasta en bacanales, lo que ha costado tantas amarguras, para volver el restante á quedarse en manos de otro igual, y así se disipa una fortuna, con la que podríase haber enjugado tantas lágrimas y

llenándose tantas necesidades y logrado evitar tanto sinsabor y tanta desgracia.

Don Agapito, no se dá cuenta de sus actos, como un autómeta, observa su desgracia y febril y convulso solicita de sus amigos y allegados, los medios de lavar su mancha; vuelve otra vez y con mayor ardor, y en un estado de insensatez. y tarde se apercibe del robo que es objeto; fuera de sí, á todos increpa, á todos amenaza, no tiene conciencia de sus actos, y promueve un escándalo, que es causa de su desprestigio y la vergüenza de su esposa.

Ya no puede ocultarse á esta, la conducta de su marido. Desgraciada esposa!!!

Los hijos han presenciado el duro tratamiento de que ha sido víctima, y aterrorizados han sido testigos de una escena en que, perdiendo la dignidad de hombre, de esposo y de padre, ha puesto la mano sobre la faz de la pobre víctima inocente de sus estravíos.

— Por Dios, Agapito . . . por tus hijos . . . por estos ángeles que el cielo nos ha deparado . . . vuelve en tí, tú estas loco, no sabes lo que haces, mira que soy tu esposa, Agapito mío.

— Yo soy un hombre de vergüenza, por tener

demasiado, me veo así, y todavía te atreves á reconvenirme por mi conducta! Antes que mis hijos, es mi honra; antes que tú, es mi honor y antes que todo, es mi nombre, el que jamás consentiré se ultraje.

— Todo lo que quieras, tu nombre, sobre todo sí, tu nombre :

Mira : aquí tienes 180 duros que yo guardaba para nuestros hijos, paga con ellos lo que debas y apártate del juego ; por tus hijos te lo pido.

Aquel fué un dia de luto para la familia, nadie pudo conciliar el sueño, todo fué llanto y desconsuelo, y vergüenza para D. Agapito que conociendo la enormidad de su falta, sentíase morir de remordimiento. Antes del alba sale de su casa para no encontrarse con su esposa, ni ver á sus hijos.

Encaminase á llenar en parte sus compromisos, con el dinero que su esposa le ha proporcionado, y sintiendo una voz interior que le grita : juega . . . juega ; retiene una parte, para ver si con aquello puede recuperar lo perdido.

Repítese la escena del dia anterior, aunque no tan penosa para él que ya parecía connaturali-

zado con el juego y las escenas que de él dimanaban.

Aquí juegan su influencia las personas que se conducen del estado de la familia, todas son convenciones que por inútiles dejamos de apuntar; solo sirven para empeorar el estado de D^a Carlota, que ya vé en su esposo, un peligro para su sosiego, y advierte con amargura que el amor de los hijos para con el padre, se ha cambiado en miedo, en aversion mal disimulada; pues así forzosamente tiene que suceder cuando en vez de amor y ternura, solo encuentran desvío y mal ejemplo.

El padre se convierte en objeto temido del que es preciso huir, ó precaverse.

—No está todo perdido (dice para sí D. Agapito), nadie puede saber que yo empleo este dinero, con estos dos mil reales de los arrendamientos, que tengo que entregar á fin de mes, puedo probar fortuna. Si Dios me protege conociendo la buena intencion que me guía, volveré otra vez á mis antiguas costumbres, y prometo por lo mas sagrado, abandonar el juego; y si la desgracia me persigue, yo procuraré adquirirlos, para no encontrarme en descubierto.

Desgraciado fué tambien por esta vez, no solamente en el juego, sinó que se encontró en descubierta con el Señor de cuyos fondos cuidaba. Este viendo el mal camino emprendido, juzgó oportuno retirarle su confianza, y con ella, la administracion de sus bienes.

Este fué el colmo de las disenciones domésticas, fué el sumun del escándalo que dió por tierra con el decoro, la vergüenza y honorabilidad de Don Agapito, con grave detrimento de su desgraciada esposa y de sus pobrecitos hijos.

¡ Triste estado el de esta familia antes tan feliz !

CAPITULO II

DE CÓMO EL VICIO ASESINA Á UNA MÁRTIR

Nada mas digno de respeto y veneracion, que una madre dedicada á ganar el sustento de la familia, nada se concibe mas sublime que una tierna madre llevando con resignacion el peso de la casa, ella no desmaya, no vacila, sigue adelante sin mostrar en su semblante la mas pequeña señal de su repugnancia ó disgusto, al contrario, sonriente, afánase por mostrarse superior á todas las vicisitudes de la vida.

Veamos sinó á D^a Carlota, ella trabaja dia y noche, por suplir la falta de contingente material que antes aportaba su esposo.

Este, entregado á la pasion que le domina, no se cuida de buscar los medios con que aliviar á su esposa, como deber que tiene de sustentar á

su familia; libre ya del peso de sus quehaceres y exento de cargo alguno, su sola ocupacion, es la profesion de jugador.

Jugador de pueblo, pero que en último resultado, es poco mas ó menos que el legítimo jugador de oficio.

No vé ó no quiere apercibirse de la incipiente enfermedad de su esposa, los continuos disgustos están minando lentamente su constitucion hasta que llegue el dia en que como voraz incendio, sean ineficaces todos los auxilios y quede reducida á la nada, una preciosa vida, que tanto precisan sus hijos.

Estos, ya crecidos, continuamente ven la ocupacion del padre, y poco á poco, el ejemplo ha hecho germinar en sus tiernos corazones, la passion del juego: ellos son los instrumentos de que el padre se vale para estafar á tal ó cual amigo: y estafa será siempre, el pedir lo que no podrá devolverse.

Ya es lo mas comun el pasar noches enteras junto al tapete, nada importan las continuas quejas de una esposa, ni las sanas reconvenciones de los amigos.

Estos, poco á poco han ido retirándole su amis-

tad tan cara, viendo que se convertian en encubridores de su vicio y que no podian aceptar la responsabilidad de sus actos.

Imposibilitado de encontrar recursos y acosado de sus numerosos acreedores, no trepida ya en engañar á los Señores donde su esposa trabaja, pidiendo en nombre de ésta y por conducto de su hijo, un adelanto de sus haberes.

Forzoso es adquirir dinero, pues prepárase una gran jugada de la que se esperan grandes acontecimientos. A esta concurrirán aficionados de los pueblos limítrofes, bien provistos de fondos. Entre estos, viene uno llamado Juanazo, persona algo educada y que como el Judio Errante, se le vé de pueblo en pueblo en busca de tontos y de incautos, para resarcir si puede su derrochada fortuna. Gozó de una envidiable posicion y hoy se le vé desastrosamente vestido, unas veces con levita raida, otras con un saco, cuando sin camisa y en alpargatas, y cuando estenuado por el hambre y el cansancio reposar sobre una piedra, en los continuos viajes que á pié hace de pueblo en pueblo.

Gran andador y de festivo genial, es celebrado por su esplendidez, en medio de las gentes de su

calaña ; pues las personas honradas, solo ven en él al repugnante ser que abandonando á su esposa y sus hijos, llega á un pueblo á semejanza del cuervo, como augurio funesto de alguna desgracia. Hombre de historia en toda la latitud de la palabra, lo mismo duerme sobre un banco y al sereno, que en mullida cama y limpia habitacion ; á todo está acostumbrado, lo mismo come un pedazo de pan duro, que una succulenta comida, su dios es el juego ; su única profesion el juego ; su porvenir el juego ; y su ruina y desgracia, tambien el juego.

Tiene temporadas en que llenos sus bolsillos, y derramando oro por donde pasa, su desventurada familia, tiene que mendigar el sustento, pues nada le importan sus hijos, ni se compara con su trascendental objeto que le guia : recuperar su fortuna.

Para esto ha puesto en práctica, cuantos medios le ha sugerido su razon, sean ó nó ellos licitos ; lo mismo estafa al conocido, que al que saluda por vez primera y de la misma manera hace escamoteos en medio de público inteligente, que en auditorio ignorante ; bien es verdad que esto le ha valido en algunas ocasiones, sérios dis-

gustos, fuertes palizas y algun tiempo de cárcel. Este es el que á primera vista simpatizó con D. Agapito, y á cuyo lado estuvo cuatro dias seguidos, sin para nada acordarse de esposa, hijos ni nada que pudiera tener para él, algun ascendiente.

¡ Qué desconsuelo para D^a Carlota! Qué momentos de angustias! Por la noche mandaba sus hijos, llena de mortal zozobra, para saber de su esposo, éste recibia el mensaje con improprios que hacian llorar á los jóvenes, que cabizbajos y acongojados, se arrojaban en los brazos de su madre, mezclando las lágrimas que la conducta de D. Agapito hacia verter á torrentes.

Mayor fué el pesar de la familia, al recibir una carta donde se le comunicaba haber abandonado el pueblo, lleno de deudas y llevando por compañía la vergüenza en el rostro y la personalidad deshonrosa de Juanazo.

Aquí fué por tierra el valor de la esposa y de los hijos, anonadados con tan degradante desgracia, y sin saber qué partido tomar en tan triste situacion, imploraban el auxilio de la providencia, y Dios sin duda al ver tan atribulada fami-

lia sumidos en el mas amargo desconsuelo, oyó sus súplicas.

Una respetable persona, se hizo cargo del jóven Eduardo, para que emprendiese una carrera literaria, y salvarlo así de la pendiente en que estaba colocado. Pronto se calmó la inquietud de la familia, pero no tanto que los pesares no dejasen visible huella en la ya quebrantada salud de D^a Carlota.

D. Agapito, encontrábase en Madrid apegado á Juanazo, como la hiedra al vetusto árbol.

Transformado en lo físico, de igual manera que en lo moral, era ya un viejo precoz, llevando impreso en su semblante, las terribles torturas que sin cesar le acosaban.

Exhausto de recursos, como su compañero, forzoso le era hacer esa vida del desheredado, ó dormir en un café ó pasarse las noches en un inmundo lodazal, para no esponerse á ser conducido á la policia, si se acostaba en un banco de alguna plaza pública.

Como Juanazo encontraba en su amigo el necesar aparente para sus truhanerías, urdió una en que fabricando una letra que decia haber recibido y alegando una ligera indisposicion, co-

misionó á D. Agapito para efectuar su cobro. Este no se hizo repetir la órden, pues, presuroso corre á la casa comercial, gozoso con llevar una letra que les aseguraba el sustento y el porvenir tal vez.

No muy buena impresion debió causar la presencia de D. Agapito en casa del comerciante, pues revisando escrupulosamente la letra y desconfiando, desde el primer momento, se encontró trascurrido un rato, con la presencia de un agente de policia que le intímaba órden de prision.

Desconcertado y sin atinar la causa encontraba aturrido con tan inesperado acontecimiento y en vano protestaba de su inocencia é intervencion en la falsificacion, de nada le servía, el comerciante exasperado, vociferaba y el comisario le hacia conducir entre dos vijilantes, al Departamento de Policia, como falsificador y estafador.

¡ Infeliz D. Agapito ! !

Veinte dias estuvo en la detencion, sumido en el profundo abatimiento sin que supiese la suerte que le estaba reservada y en continuo trato con lo mas detestable y asqueroso de la sociedad, la-

drones, falsificadores, mujeres perdidas, jugadores, vagos y en una pábabra la escoria de la sociedad.

Prolijamente averiguado el hecho, se le puso en libertad sin que pudiese ser habido el truhan Juanazo.

Desgarrador era el cuadro que presentaban D^a Carlota y sus hijos al tener noticias de la suerte de D. Agapito! No hay pluma lo bastante bien cortada, que espresese el dolor de esta familia con nada comparable, la tortura de la infeliz esposa al verse deshonrada: sus gritos, partian el corazon y sus hijos temiendo por la vida de su entrañable madre corrian desesperados de una parte para otra buscando un medio con que conjurar tan grandes males.

—Agapito de mi corazon! esposo mio: ven á nuestros brazos, tus hijos te esperan, todos te necesitamos, corre á nosotros; todo te perdonamos, todo, sí, te perdonamos porque tu eres un buen padre, tu has sido siempre cariñoso esposo, las faltas que has cometido, no eres tú el causante, no. Ya lo sabemos, son las malas compañías, la mala fortuna que te persigue; siempre has tenido buen corazon. Demos al ol-

vido el pasado, y vuelve á tu cariñosa familia que te espera con los brazos abiertos.

Así escribía D^a Carlota á su esposo; y este, aturdido, avergonzado de sí mismo y haciendo solemnes promesas de abandonar para siempre el juego, vuelve á su casa, pero en el mas deplorable estado que puede concebirse. Veinte años parece han pasado sobre su vida; ya no es el mismo de antes; vacilante, decrépito y enfermo de cuerpo y alma, lleva en su rostro las señales del insomnio; las huellas del sufrimiento, los rastros del hambre. Porque há pasado hambre, reducido al último estado de miseria, le ha sido forzoso sentir las consecuencias del abandono.

Todo es alborozo en su casa á su llegada, mortal congoja, acomete á la esposa al verle en tan deplorable estado y sin reconvencion alguna, esméranse todos á porfía, en agasajarle y prestarle esos cuidados que solo una amante cariñosa puede prestar en circunstancias tales. Los hijos afánanse por consolar á entrambos, y una respetable y cariñosa persona, un venerable y recto ministro de Dios corona la obra de perdon con sus sábios consejos, que llevan la paz á aquellas almas atribuladas.

—Así es la vida D. Agapito, una sucesión de acontecimientos en que predominando la pasión á la razón, en vano intentaremos oponernos á los efectos de suyo naturales que tienen que desprenderse de esto.

La vertiginosa carrera del vicio, no encuentra obstáculos, no reconoce barreras, no percibe causa bastante poderosa que se oponga á su marcha, todo lo allana, todo lo vence, todo lo supera, hasta que la razón vuelve á ocupar el puesto que Dios quiere concederle en nuestro sér.

Una pasión, mejor dicho, un vicio arraigado, es la tupida venda que cubre nuestros ojos, bajo la cual, nada podemos distinguir, sinó tinieblas, oscuridad, abismo.

El juego es una llaga social que absorbe todo nuestro sér, se insinúa poco á poco, y nos arrastra con una fuerza desconocida hacia el estado que V. há experimentado; todo es tenebroso, todo es horrible, pero aun mas horrible, el presenciar el resultado fatal, y necesario que se irradia á la familia. Honrada y feliz, en un tiempo, tornase el sitio de la amargura, allí nada existe que no sea el llanto y el dolor; á la paz

que antes se disfrutaba, sucede, la mas triste y prolongada consternacion.

Todo lo que se divisa en derredor, es luto y miseria, y seguiria necesariamente una no interrumpida série de males y desgracias, que acabarian en el crimen, si no viniera en nuestra ayuda una chispa de razon y ligero rayo de luz, que iluminando nuestro entendimiento, detiene la carrera, y espantados en vista del lodazal en que estábamos sumergidos, no nos diera la fuerza bastante para poder salir y regenerarnos.

Si mi querido amigo Don Agapito: el hombre puede regenerarse siempre; fuerza de espíritu es necesaria, y nada mas. Ya ha visto prácticamente adonde conduce el juego, nada mas le diré.

Sus hijos ya son hombres; Vd. está en una edad madura, su cariñosa esposa, resentida su salud, no gozará por mucho tiempo del placer de verle regenerado, pero es obligacion suya, es un deber cristiano proporcionarle dias felices y no acelerar el curso de su dolencia. Trabaje, trabaje con ardor, y á mas de tener la íntima satisfaccion que produce el trabajo, se habrá disipado para siempre esa pasion que tantos males ha causado.

El ejemplo influye poderosamente en las costumbres de los hijos; si Vd. siguiese con su horrible vicio, llegaría á ser no solamente el asesino de su esposa, sinó el corruptor de sus hijos que algun dia le pedirian estrechas cuentas de su conducta.

El estado á que habia llegado, y tales amonestaciones, parece que influyeron en Don Agapito, para que tornase al trabajo; pero á decir verdad, este le era pesado, ya no encontraba aquella satisfaccion que antes experimentaba; siempre pensaba en su mala estrella, en lo fácil que sería adquirir su antigua posicion, y así evitar la constante carcoma de los acreedores á quienes no podía satisfacer; no podia resignarse á esa monotonía de la casa, si bien hacía supremos esfuerzos, por su esposa primeramente y por sus hijos, pues Eduardo el mas jóven llevando algunos años de estudio era forzoso mostrarle distinta vida á la que antes llevaba. No sucedía lo mismo con Alfredo, amigo de la disipacion, pasionista por el juego, seguía las huellas del padre, aunque en menor escala, el trabajo, le era odioso y no aceptaba las reconvencciones del padre, porque no tenian la auto-

ridad bastante para hacerle desviar de un vicio que hábiale inculcado desde sus mas tiernos años, con todo el poder del ejemplo y de la tolerancia.

Así pasaba la vida esta familia hasta que estallando de improviso la enfermedad de Doña Carlota y desesperando de poderla salvar, perdió de esta manera su colocacion y con ella los medios de subsistencia; para colmo de tanta desgracia, un voraz incendio, destruyó en un momento la fortuna del bienhechor que costeara la carrera de Eduardo y de esta manera, suspendidos sus estudios, le fué forzoso regresar al paterno hogar en donde solo habia miseria.

Don Agapito, so pretexto de entretener el tiempo que debia ocupar en el trabajo; sea este cual fuere, tan pronto manejaba la baraja como el taco y la taba, bien es la verdad que por puro entretenimiento, pero á esto se siguió el interés módico de los dias festivos, el compromiso con el forastero y las mil ocasiones que se nos deparan, para que aficionándonos con la pereza, alejados del trabajo, vayamos poco á poco, á ser subyugados por los antiguos hábitos.

Nada mas cierto que esto, observad á esa

cordial reunion del dia de fiesta, toda la tarde les ocupa la partida en que con reposado calor, se defiende el chocolate; son siempre los mismos; de aquí no nacen disenciones ni disgustos, sus semblantes, respiran franqueza y bondad y todos ellos, son respetados por su invariable línea de conducta, que no ultrapasan por nada de este mundo. Pero dirijíos á ese otro grupo: aquí no se juega el gasto, aquí campea el dinero, poco es cierto, pero yá el interés se advierte en los semblantes, continuamente está formada la partida, y con creciente interés, los dias festivos.

De esta reunion saldrán los jugadores de oficio; de aquí han de nacer las disenciones y este al parecer entretenimiento, convierte en vagos á los que calculadamente encuentran de esta manera su modo de vivir.

Ellos promueven el juego escandaloso, ellos buscan fútiles pretextos para interesar mas el juego (que sarcásticamente llaman honrado), y de esta manera saturados en esa atmósfera de codicia, y de molicie, solo ancian el lanzarse en brazos del vicio aun en contraposicion con sus convicciones.

Esto fué precisamente la causa que obligó á

á Don Agapito, para una vez comprometido, seguir indefectiblemente el curso de sus ambiciones.

Pretestado con habilidad un viaje, fácil le fué acudir á centros donde se esponen fuertes sumas y donde mas se escita la avaricia.

Dejémosle seguir insensato su torcida marcha, pronto le sacará de su parasismo un fuerte sacudimiento que le ponga á prueba.

Honda sensacion le ha causado la desastrosa muerte de su antiguo amigo Juanazo. Siguiendo su vida aventurera y criminal, no habia trepido en llegar á los últimos peldaños de la degradacion social, y tomado infragante en un escandaloso robo, antes que verse con el grillete del presidario, puso fin á su mísera existencia, partiéndose el corazon con un puñal.

Todo en él habia sido miserable, y hasta su muerte no desdijo nada de sus principios. Muerte infame y baja, muerte afrentosa y vulgar, Dios le haya perdonado! Así muere la escoria social!! Ha cumplido con su destino.

¿Qué haces tú, insensato? ¿Qué piensas, qué meditas? ¿Cómo no corres presuroso al lado de tu esposa? ¿No veis que tu pobre Carlota es

presa de mortal agonía por tu ausencia? Muérete de vergüenza si todavía la conservas; corre, marcha presto; no te detengas, que la inexorable Parca vá á cortar el hilo de su destino.

Lágrimas, oraciones, toque de campanas, entrar y salir visitas, todo ello denota que el Señor de todo lo creado ha visitado una enferma, que debe presentarse en breve ante el Tribunal eterno.

¡¡ Súblime cuadro !! Qué imponente respeto al penetrar en la alcoba donde casi exánime yace doña Carlota !! Alumbrado su cadavérico rostro por un ténue rayo de luz que se destaca de una vela que acompaña á un crucifijo: su rostro es la espresion de la resignacion cristiana, no espresa sufrimientos, convulsivamente estrecha la mano de su esposo Don Agapito, y pasa su diestra sobre la cabeza de su hijo Eduardo, que arrodillado comprime difícilmente los sollozos que salen de su pecho.

— Nada... mi Eduardo, mi hijo... no desesperes; el tránsito se acerca, es verdad, pero por él es preciso pasar... Feliz yo que muero en medio de mi esposo, de mis hijos... Mis hijos, ¡ ah ! mi Alfredo, mi hijo Alfredo... ¿Por qué no viene

á recibir la bendicion de su moribunda madre? Dios mio, protege á mis hijos... Mi Agapito: yo muero... yo siento circular por mis venas el frio de la muerte... cuida á nuestros hijos... el ejemplo... el ejemplo... yo te perdono...

— Madre mia... Dios soberano... Justicia, pero justicia pronto; tu asesino... tu asesino... yo sé quien es el asesino de mi madre.

Don Agapito cae asombrado de rodillas, sin poder articular palabra alguna; sus ojos son dos torrentes de lágrimas, y unos entrecortados sollozos le ahogan, oprimiéndole la garganta.

La infeliz moribunda, haciendo un supremo esfuerzo, se incorpora en la cama, trémulos los labios y afiladas las facciones, con su ya empañada vista, puede articular todavía :

— Insensato... perdon á tu padre, pide perdon al que te dió el ser; pronto, que yo lo vea, hijo mio... per...don... á to...dos, Agapito... Al...fredo... Eduardo... hijos... hi...jos míos: a...di...os.....

Y cayó desplomada en el lecho; su espíritu ha volado al cielo, dejando abrazados al infeliz padre y desconsolado hijo, que miran con horror la ausencia de Alfredo.

El Señor se apiade de esta desgraciada familia : Doña Carlota velará desde el cielo por ellos.

CAPITULO III

DE COMO EL JUEGO CAUSA LA RUINA Y DESGRACIA DE UNA FAMILIA

« Querido padre :

« Comprendo su estado de aislamiento, y por ello padezco bastante; quisiera estar á su lado para endulzar algun tanto sus sufrimientos.

« Como Vd., tambien deploro la disoluta vida de Alfredo con toda mi alma; nada me es dado intentar para sacarlo de su lastimoso estado; pena me da el decirlo, pero mi hermano hace una vida que es para vergüenza nuestra; cuando no está detenido en la Policía, vésele vagar de un lado á otro, asechando la ocasion de encontrar algun conocido ó desprevenido á quien estafar.

« Hace seis dias le dí una levita, no se la ha

puesto siquiera ; aterrido de frio y al descubierto por algunas partes sus carnes. Una casa de empeño fué quien le facilitó algunas monedas, que quedaron como siempre en el juego.

« No me oye ni quiere saber nada que se relacione con nosotros ; el corazon se me desgarró al verle en tal estado.

« Yo continúo en mi empleo ; soy bastante apreciado de mis principales, y creo que pasando algun tiempo, podré gozar de mas sueldo. La contaduría de la casa es lo mas intrincada que Vd. pueda imaginarse, pero como el comercio precisa constancia y contraccion, no desanimo, pues dia llegará en que me aumenten mi escaso sueldo de tres mil reales, con los que á duras penas puedo vivir en esta ciudad, si atiendo (como es mi deber) al autor de mis dias.

« Tal vez para el verano pida licencia por ocho dias, y entónces procuraré ver si con halagos llevo á mi hermano y conseguiremos su completa regeneracion: pues mucho me temo, que así venga á parar en lo que muchos párias desheredados y sea un golpe mas que no podríamos resistir.

« Cuidese Vd. mucho y dé mis afectuosos re-

cuerdos al señor Cura y Vd. lo que quiera de su hijo que le quiere.

« EDUARDO. »

« *Posdata.* — Dispense sí no le mando mas que esos quince duros, demasiado comprenderá mi estado.

« *Vale.* »

— Es un tesoro, Sr. Cura, es un hijo modelo que me anonada: ninguna reconvencion sale de sus lábios; como Vd. vé por esta carta, todo su afán es mandarme el fruto de sus economías, sin contar lo que empleará en su hermano...

— Digno de estimacion es el tal jóven; sin duda alguna Vd. puede sentir una verdadera satisfaccion con tal hijo. Muchísimo valor tiene á mis ojos esa constancia para enviarle recursos, que Vd. de seguro sabrá emplear santamente, como sagrado que es. Fruto de economías y privaciones; Dios ha de premiarlo, no lo dude, Don Agapito, su hijo Eduardo, con estos hábitos, ha de ser con el tiempo una persona á quien Dios ha de premiar, concediéndole bienes de fortuna; él es jóven, y en el comercio, cuando

sobra honradez y constancia, todo se consigue: confianza, pues, mi querido amigo, y para concluir (y que esto no sirva de reconvencion) demasiado conozco que Vd. no es el mismo, pero no puedo por menos de advertirle que frecuentando los sitios que Vd. acostumbra y manejando el juego, aunque él sea inocente, es muy fácil, es presumible que Vd., gastando primero lo que le mandan, sin darle el destino que se le dedica, concluye Vd. por solicitar de su hijo lo que ni pueda, ni en conciencia deba darle, y como veo aquí una rémora para la consecucion de los fines sagrados de esto, por eso le advierto sea precavido, viva alerta, pues es muy espuesto producir, á la par que su desgracia, la desgracia de su hijo.

Demasiado comprenderá Vd. que esto solo es advertirle.

— Agradezco su intencion, Sr. Cura, el cariño que siempre nos ha demostrado le hace ver con exageracion las cosas y su temor por hechos que no se sucederán: comprendo demasiado todo lo ocioso y deleznable que seria mi proceder si tal hiciere; ya han cambiado los tiempos, y la experiencia, como cruel madrastra, me ha ense-

ñado lo bastante para no incurrir otra vez en faltas como las pasadas.

Cerca tengo el ejemplo que me apartará del juego, mi desgraciado Alfredo!! Pena me dá el pensarlo. . . . Pero ni atiende á mis consejos y siguiendo la corriente impetuosa del vicio, me tiene duramente escarmentado, todo cuanto tengo, es poco para él, siempre pidiendo, siempre quejas y mas quejas, sin que nada baste á contentarlo, ni nada para apartarlo de este fatal camino. ¡ Dios le ayude, pues me declaro impotente para conjurar la desgracia que le persiguel

Promesas y protestas, jamás faltan al desgraciado jugador; todo le parece justo, menos apartarse del objeto de su pasion.

Así de esta manera sucedía con Don Agapito; protestas primeramente, juramentos despues, y promesas mas tarde, concluyeron por hacerle algo olvidadizo; el juego tomó su primitivo imperio, si bien en menor escala que antes; ahora disponía de los continuos envíos de Eduardo y pretestando una cosa ú otra, sabía sacarle, lo que el infeliz jóven tenía que pedir adelantado, por no negar el pedido de su padre, que segun él era asunto de honor.

En vano devoraba en silencio su pena el bondadoso Eduardo, consideraba una falta irreparable, el recriminar á su padre, acordándose de la primera vez que lo hizo junto á su madre moribunda en un momento de locura.

Sin darse por apercebido, trataba en el misterio, de alejar á su padre del maldito vicio; en vano apelaba á tal ó cual persona; todas eran encubridoras de sus defectos; escasos los que á semejanza del bondadoso sacerdote, le hiciesen apercebir de su conducta y afeasen su proceder.

Por dos veces habia venido Eduardo solicitando permiso de sus principales, á pasar unos dias con su padre: con aumento de sueldo y en vísperas de labrarse un porvenir, era tenido por el salvador del padre y tal vez del hijo, y es por esta razon, por la cual los conocidos, facilitaban lo que antes les era difícil de obtener, dada su anterior conducta, y el oscuro horizonte del porvenir.

—No ya por mí, decia Eduardo á su padre; por mis principales debe Vd. abstenerse del juego. Ciertas palabras de doble sentido, sonrojan mi frente y me avergüenzan, y sin defensa posible, tengo que permanecer mudo espectador.

No creo que sucedá, pero probable sería que

no inspirase la demasiada confianza que precisa una casa comercial, efecto de su proceder; y sería lo bastante para impedirme el logro de mis deseos.

Cuando uno trata con personas laboriosas y honradas, donde el trabajo tiene sentado su imperio, produce malísimo efecto, suena muy discordante al oído, y en una palabra, no puede admitirse la pasión del juego, sea este cual fuere.

Se disculpa algún tanto el vicio, cuando irreflexivamente, la aturdida juventud sin saber lo trascendental del hecho, se entrega á él, pues inconsciente, de sus actos casi no es responsable.

Pero en su edad! en su edad, no puede ser admisible; es lo más vituperable de todos los actos.

Piense padre mío, que cuando las canas coronan nuestra cabeza, cuando se encuentra el ocaso de la vida; el juego, es el mayor de los crímenes; crimen por Vd., crimen por sus hijos, y crimen por el escándalo que lleva en sí.

¡La edad del recojimiento! La edad de los consejos!

La edad de la sensatez, ocupada en desarrollar un vicio!!!

No hay defensa posible, no existe disculpa para atenuar tamaño crimen.

— Conozco la razon, hijo mio, todo es cierto, no me avergüences mas de lo que estoy, soy un miserable, pero ya veo que desconoces, lo que es un compromiso de honor!

No puedes imaginarte lo que padezco al encontrarme frente á frente, con una persona á quien debo. No puedo remediarlo:

Me sobra vergüenza, y por eso busco el juego, para ver si pago mis deudas, no creas que es el vicio, no, y mil veces no; es el deseo de pagar, ese es el móvil que me arrastra.

— Pues felices nos debemos considerar padre mio; no mas juego, no mas vicio, en camino me encuentro de poder dar cima á su ideal. Constancia no me falta, y prometo solemnemente pagar cuanto deba; pero á condicion de dárseme tiempo; poco. . . . muy poco tal vez.

— No sabes el bien que harías al autor de tu vida; entonces verás como cambia mi vida, como empleo mi tiempo en bendecirte, y salvar á tu desgraciado hermano; porque lo salvaré. Oh! eso yo te lo prometo lo salvaré, y seremos modelo de padres é hijos.

¡ Excelentes proyectos, risueñas esperanzas, que pronto desvaneció el tiempo!

Estéril es el sacrificio de Eduardo, nada consigue, la situación empeora, profundas raíces es preciso desprender, y no hay fuerzas bastantes, no hay virtud suficiente, que las saque á la superficie, para que así no presten su ponzoñosa sábia.

Ya no basta lo que Eduardo proporciona, exíjale mas y mas, y lábrase la ruina de todos.

Alfredo, mas exigente con Don Agapito, desde que sabe las continuas remesas de su hermano, turba la tranquilidad del padre, si alguna disfruta.

Dos veces se ha presentado en casa, huyendo de una víctima estafada; y dos veces tambien ha salido en busca de sus truhaneros, y llevando consigo cuanto ha podido rapiñar.

Su razon está ofuscada, su corazon empedernido, y en vano será intentar sacarle del lodazal inmundo en que lo detienen sus vicios; hace una vida salvaje y por todos conceptos lastimosa: cuando pinche de billar, ayuda para robar al desconocido; cuando ayudante de cocina, permanece en un bodegon los dias suficientes para

matar el hambre. Duermé sobre una silla en un cuarto de juego, ó pide por caridad un asiento en un café, donde pasar la noche.

Errante y fugitivo, escóndese de dia en algun lupanar inmundo, para no caer en manos de la justicia, y por la noche sale como el murciélagó, en busca de pan con que arrastrar la vida miserable.

Dos años han pasado, nada sabe el padre de él, ni procura intentarlo.

¡¡ Quién conocerá á Don Agapito !! No es posible. . . . no es él. . . . mentira. . . .

Decrépito y encorvado, harapiento y descuidado, insita á todos al juego. Próximo está su fin, él lo conoce, pues siente fenómenos estraños que atribuye á la vejez y son causa de los remordimientos de su conciencia. Un vicio mas ha venido á coronar el cuadro de ignominia, la embriaguez, él se embriaga, para hacer mas cortos los momentos de tortura que le persiguen ; se embriaga como supremo recurso de su estado miserable.

Todos le desprecian, todos huyen de él como asqueroso reptil y por todas partes encuentra la repulsion y horror que su vista produce.

Nada pudo conseguir Eduardo exhaustos sus

bolsillos, contrayendo deudas despues, para poder cumplir su sagrado compromiso.

Llegó á perder la colocacion, pues no inspiraba bastante confianza por la conducta de su padre y de su hermano.

Loco, aburrido, en un estado de desesperacion, vuelve á su pueblo natal, para conocer por sí el estado y causa de su desgracia.

Nada encuentra de lo que fué su hogar, todo cambiado; en triste y bajo tugurio habita el padre, por todos despreciado; y mortal congoja amenaza su vida; fuera de sí, demudado el semblante y con resolucion, intenta contra su vida, para no presenciar aquel cuadro de miseria; pero el venerable sacerdote, llega en su ayuda.

— ¿Qué pretendes hacer, desgraciado?

¡Dios mio: basta ya; aplaca tu cólera divina!

Ven á mis brazos, no desmayes, conozco bastante tu desgracia: grande es en efecto, muy grande, pero mas todavía es la misericordia de Dios.

— No puedo Sr. Cura. . . no encuentro fuerzas para sobrellevar mi desgracia. ¿Qué es de mi. . .? ¿Qué es de mi padre? ¿qué es de mi hermano. . .?

Pobre madre mia, pobre mártir!!! Si vieras á los objetos queridos de tu corazón!!

— Todo es conforme á los inescrutables juicios del que todo lo puede, tu buena madre estará desde el cielo observando tus acciones, y esperando el momento supremo de poder bendecirte, porque tu estás destinado para regenerar á tu padre y salvar á tu infeliz hermano.

Confianza en Dios hijo mio, lleva tu cruz con resignación, pues por pesada que ella te parezca, nunca . . . nunca lo será tanto como la del divino salvador del género humano.

—Que Dios tenga piedad de mí!!

Yo no observaré mas el estado de insensatez de mi padre, no oiré á cada momento las azañas de mi hermano.

No seré inocente responsable de sus extravíos. No, no lo seré.

Quiero ocultar mi vergüenza, quiero abandonar tanta hediondez y desaparecer para siempre en un lugar donde no me persiga la deshonra; donde ignorado de todos y mudado hasta el nombre, siendo único responsable de mis actos, no tenga que ocultar el rostro, ni bajar la frente, pues todos ignorarán quien fué mi padre, quien

mi hermano; seré un nómada, un ser que no sabe de donde viene ni á donde va á parar, pero que se aleja de los que le conocen, para no llevar siempre en la frente, la señal de la ignominia.

— Valor, hijo mio; valor.

— Valor me sobra en este momento... nada temo ya, soy un pária, soy un nuevo sér que viene á la vida sin que nadie se preocupe por él, ni por su parte, tampoco conozca á nadie; perdon señor á Vd. siempre le tendré grabado en mi corazon, siempre recordare que Vd. ha sido nuestro ángel salvador. Pero fuera de Vd., á nadie, á todos olvido, á todos desprecio...y á todos perdono, porque yo no puedo despreciar á nadie.

Huyo de aquí, llevando el alma destrozada, pues ni siquiera me es dado recibir el último adios de mi padre; sin conocerme, yace miserablemente arrojado en el suelo, víctima de la embriaguez.

Basta de inmundicias; fuera miseria, adios para siempre, jamás sabrán de mi y todos ignorarán la muerte que el destino me depare.

Adios por última vez.

Todo acabó!!!

Nota. — Preparado ya el trabajo para la imprenta, recibo el capítulo cuarto, que no puedo prescindir de agregar : así es que bórrese todo lo que parezca inoportuno, y sustitúyase por el siguiente capítulo, mas en armonía con mis deseos.

CAPITULO IV

DE COMO EL TRABAJO REGENERA AL HOMBRE

« El trabajo santifica las almas » no sé quien lo dijo, pero alguno fué, y sinó lo digo yo ahora, al ver la transformacion tan radical que ha sufrido el último cuadro.

La decoracion se ha tornado de lóbrega y terrorífica, en risueña y agradable, y el encargado de la tramoya, es el trabajo; solo el trabajo puede producir tan espléndido y consolador resultado.

Gloria al trabajo! gloria á la constancia que todo lo salva, y gloria á la honradez que todo lo merece.

El trabajo, es el don preciso de la sociedad: con él se dulcifican las pasiones, con él destruimos los vicios que nos empequeñecen; con él

logramos devolver la paz y la alegría á un corazón destrozado ; con él honramos á la sociedad y con él, por último, se logran vencer las dificultades que se opongan para el ideal de nuestras aspiraciones: con el trabajo se engrandece el alma, porque él á manera de suave bálsamo, nos cicatriza las heridas que produjeron nuestros vicios, y nos torna á un estado en el que solo se vislumbra la paz y la felicidad.

Reparad en ese honrado hijo del trabajo, todas sus costumbres son emanadas del puro y tierno corazón que late en su pecho ; todos sus actos tan nobles y morales, como la dulce y franca espresion de su mirada.

De nadie desconfía, todo en él es honrado y digno.

Como en el trabajo encuentra la compensacion de sus afanes, entrégase á él con ardor, pues constituye la paz y la gloria de sus hijos, de su esposa, de sus padres, de sus hermanos y de la sociedad en último término.

¿Quién con mas derecho á la pública consideracion y respeto de sus semejantes, que el entregado por completo al trabajo?

En toda la escala social, en todas las profesio-

nes, en todos los oficios, en todas las edades, en todos los estados, y en toda condicion, es venerado y objeto del mas sublime respeto, el que del trabajo hace un templo, que sirve á la par de admiracion, y trascendental efecto social.

El desgraciado proletario que noche y dia se entrega al trabajo que constituye el pan de su prole, cuando por fin logra el premio justamente merecido, de ponerse á sí y á los suyos al abrigo de la miseria, disfrutando de una desahogada posicion, no venereis en él sus riquezas, os infunde respeto la contraccion del trabajo y encontrais al hombre honrado que ha sabido recojer los dones que éste prodiga.

Son las seis de la mañana; en todas las casas reina un profundo silencio, interrumpido por los ladridos de los perros que asomando la cabeza por la gatera de la puerta, pretenden asustar al madrugador labrador que parte para sus heredades, montado en su mula.

Principia á notarse movimiento en la fábrica, ábrense las ventanas, y aparece la venerable figura de un anciano, ora corre diligente de una á otra parte poniendo en orden todas las salas

y esperando á que dén las siete, hora en que se empieza el trabajo.

Estamos en un bello y espacioso edificio de tres cuerpos, coronado por una espléndida chimenea que constantemente eleva al cielo espirales de humo, ofrenda que envia el trabajo, á manera de holocausto para venerar á Dios. Sobre anchurosa entrada y encima de la puerta, se lee: *Fábrica de la Honradez*.

En ella tienen ocupacion constante ciento cincuenta operarios y ochenta mujeres. Los tejidos mas variados salen de esta casa ya consignados para el extranjero.

Entra en ella lana y salen ricos géneros, todo acabado, todo perfecto. El órden se nota en todas sus dependencias, y el aseo mas escrupuloso, se echa de ver por todas partes.

Dán las siete, y puntualmente, llegan los operarios, que ordenadamente, toman posesion de sus artefactos y principia el trabajo en medio de la paz mas envidiable que pueda concebirse.

Alegres cánticos, se suceden al estrepitoso ruido que las máquinas producen, y unos elaborando la lana, otros tejiéndola, otros en el tinte y otros acondicionando los géneros, los restantes

ocupados en la carga y descarga ; todos obedecen con la sonrisa en los lábios á los tres dueños que con ellos comparten las faenas del trabajo.

Con las manos cruzadas por detrás, y paseándose de una sala á otra, observa con atencion, sin que nada para él pase desapercibido, un anciano, que todos miran con respeto.

—Vamos Timoteo, parece que el pequeñuelo debe estar mejor, te lo conozco en la satisfaccion de tu semblante: Dios siempre mira por los pobres, y ya ves como por fin parece que podemos contar con el hombre . . . hem . . .

— Es cierto D. Agapito, el muchacho ya está fuera de peligro y dentro de seis ú ocho dias, ya podrá venir á la escuela, pues como es tan aplicado, es una lástima que falte un dia : gracias á Vd. D. Agapito, mi hijo ha recobrado la salud, (*decía el buen Timoteo enjugando las lágrimas*).

— Pero padre : ¿Qué necesidad tiene Vd. de madrugar tanto? decía á Don Agapito un jóven de 35 años, de mirada franca y bondadoso semblante.

Las mañanas están algo frias y á su edad, el cuidado es lo mas interesante: no se precisa esto.

Alfredo y yo somos suficientes para atender á

todo, y no puedo consentir, que en invierno Vd. abandone el lecho que tan necesario le es. Cuídese y deje á nosotros las atenciones de la fábrica.

— Si no puedo hijo, . . . es imposible, al calor del trabajo, siento rejuvenecer y experimento una paz tan dulce en medio de jente tan honrada. . . . ¡qué, vamos! no hay que hablar mas de esto. Si me quitaseis el cuidado de la gente, no podría vivir y las horas serían para mí el mayor de los tormentos, pasándolas en la inaccion.

— Haga lo que quiera, pero yo no me conformo con que Vd. madrugue tanto.

— Mira hijo: Cuando dirijo mi vista por estas salas, veo la mano de Dios; en cada operario, encuentro una bendicion, y mi corazon se alegra al oír las sencillas canciones de esta gente que solo piensa en trabajar para aumentar el depósito de la caja. Hoy los verás en el colmo de la dicha, hoy será uno de los dias mas felices de mi vida, rodeado de todos ellos, oiré las bendiciones que saldrán de sus lábios, y todas para mi buen hijo Eduardo.

Efectivamente, es el aniversario 3º de la apertura de la fábrica.

Emprendida una noble cruzada por el digno sacerdote, y á fuerza de constancia y valor, consiguió la regeneracion de Don Agapito y del desgraciado Alfredo.

Vueltos á la vida moral, y agotadas sus lágrimas, con empeño buscaron en el trabajo, el lenitivo para sus males, y el sustento que les era necesario. Animados por el buen sacerdote, fácil les fué encontrar el sociego por tantos años perdido: y á fuerza de laboriosidad y de moral ejemplo reconquistaron el aprecio de que antes disfrutaron.

Edificante era el ejemplo que daban con su modo de ser. Para todos eran objeto de compasion y afecto; admiraban el valor de espíritu de que estaban poseídos por haber abandonado el lamentable estado en que su feo vicio les arrojara, y se condolían de sus remordimientos, por la suerte de Eduardo, cuyo paradero ignoraban.

Así pasaron seis años de prueba, en que templados sus corazones con el hábito del trabajo, eran por todos tenidos por ejemplos de moral y de contraccion. Mucho contribuyó esto para arraigar en el pueblo el amor al trabajo, y desterrar

el vicio. Ellos propendieron á que así sucediese, buscando en lugar del juego, útiles pasatiempos, que atraían á todos, llevando la instruccion á los que antes gozaban con la ociosidad.

Por muerto lloraban ya á Eduardo, cuando inesperadamente recibieron la noticia que mas grata fuera á sus corazones.

Eduardo en Alemania, había adquirido una fortuna, y en breve debía regresar á su pueblo natal. Lágrimas de la mayor ternura, inundaban los ojos de padre é hijo, y sentían estallarse su pecho, de puro gozo, pues se acercaba el momento de presentarse á Eduardo, ostentando en su frente la honradez, y siendo por todos apreciados.

Describir la alegría y el contento que experimentaron el dia de su llegada, es imposible, sollozos, gritos de amor, lágrimas de arrepentimiento, todo se mezclaba, con el relato que Eduardo hacía de su vida.

—¿A qué decir el estado en que yo salí de aquí? Llegué á Alemania, en busca de trabajo, y pronto me deparó la suerte en encontrarlo con una familia, que había de hacer mi felicidad. Escribiente primeramente, y mas tarde tenedor

de libros, supe captarme las simpatías y estimación de mis superiores,

Incansable en el trabajo, ocupaba los ratos en que este se me dispensaba, en cultivar el amistoso trato de aquella cariñosa familia; y pronto hubiera logrado hacer una desahogada posición, á no haberla adelantado un suceso lamentable, que me hizo poseedor de una cuantiosa fortuna.

Despierto, medio asfixiado y envuelto en una nube de humo, una noche que jamás olvidaré.

Sobrecojido de espanto y oyendo los agudos gritos de la familia, salgo en busca de salvación y solo encuentro llama, que por todas partes me cercaba.

¡Qué horror!

Gritos de auxilio, partían de un largo corredor; y diríjome ya medio asfixiado hácia la habitación de una anciana madre de mi jefe. Todo eran llamas, denso humo, me hacía retroceder, y apocaba mi pecho. Consigo penetrar y arrancar de la muerte ya cercana, á la virtuosa anciana, ya medio asfixiada.

Atravieso entre llamas el corto trecho que me separaba de la puerta, y salgo entre brasas, con el cuerpo inanimado de la anciana; entre las la-

mentaciones de la población, y la desesperación de D. Tomás, (que así se llamaba mi jefe). Mi hija, mi hija, repetía; y yo armado de un valor, del que nunca me creí capaz, entro otra vez veloz como el rayo, y dirigiéndome al cuarto de la hija, nada distingo que pueda guiarme hácia su lecho. De repente una intensa claridad, sobrecojióme de terror: del techo se desprendieron unas maderas, que dieron conmigo en el suelo. Unos gritos apagados, salieron de un rincón, y haciendo un sobre humano esfuerzo, consigo recobrar mis fuerzas, y tomar en brazos á una jóven de 18 años, que como yo, también sentía el fuerte calor que la abrazaba.

Solo Dios sabe como pude salir, medio quemado, deposité en los brazos del padre, á su querida hija moribunda, al tiempo de yo perder el sentido.

Cuando volví en mí, todo era desolación, todo llanto, la anciana y la jóven acababan de espirar; y la casa había quedado reducida á un montón de escombros.

Muchos días estuve luchando entre la vida y la muerte, pensando en Vd. mi querido padre y mi amado Alfredo; al fin se inició la convales-

cencia, y pronto pude prestar mis solícitos cuidados al desgraciado D. Tomás, que en medio de penosa enfermedad y sin tener sucesores, me instituyó su heredero universal, muriendo en mis brazos.

— Dios nunca abandona á los suyos, decía el venerable sacerdote; siempre tuve confianza en él, y ahora veo que no en balde, acuden á él, los espíritus atribulados. Bendigamos al Señor.

Desde aquel dia se pensó en instalar una fábrica de tejidos, con el solo objeto de ocupar á 200 ó 300 obreros; donde se aprendería moralidad.

Así se hizo efectivamente, pero con unas bases que esceden á toda ponderacion. En la fábrica ganan los operarios dos reales mas que en otra alguna.

Los hijos de éstos tienen en el mismo establecimiento, dos escuelas gratuitas, una para párvulos y otra de primeras letras, con ampliacion de artes mecánicas y agricultura.

La casa tiene una caja de ahorros, y en ella, depositan los felices operarios, sus economías. Todo esto se obtiene, con la sagrada obligacion de estar apartados del juego, sea este cual fuere.

Condicion indispensable, que forma la moral de la fábrica.

¡Alegria causa ver estos hijos del trabajo correr afanosos para labrar un porvenir seguro á sus hijos, que criados en la escuela de la mas pura moralidad, y saturados de la virtud al trabajo, serán en su dia, los reflejos mas ostensibles de la laboriosidad!

Hoy es el tercer aniversario de la instalacion de la fábrica y con tal motivo, es esperada la hora en que se cierra la fábrica, á las 10 de la mañana, y vuelve á abrirse á las 12 en punto, pero completamente transformada. Gloriosos trofeos de la industria, cubren las paredes, y largas mesas, contienen los cubiertos destinados para todos los obreros: entre ellos toman asiento D. Agapito, Eduardo, Alfredo, el señor Cura y algunos convidados.

Presidiendo otra larguísima mesa, se vén á dos maestros de las escuelas, y dos preceptoras, que entre los niños, forman el cuadro mas angelical que puede describirse.

Principia la comida, en medio de una paz y libertad jamás observada. Solo dos personas no pueden contener el llanto, Don Agapito y Alfredo

se han afectado intensamente al recordar tiempos pasados y observar los presentes.

Un abrazo de Eduardo y las lágrimas de los tres, son bastante para recobrar la calma y extasiarse de alegría, al contemplar espectáculo tan magnífico.

En medio de la comida y como por sorpresa, cuatro niñas presentan un elegante ramillete á D. Agapito, Eduardo, Alfredo y al señor! Cura; al tiempo de decir un despejado niño :

— « Reciban esos ramos, como testimonio de « la gratitud, que os demuestra la infancia. Que « Dios les colme de bendiciones, y que nos- « otros podamos tambien bendecirlos por muchos « años. »

Una banda de guitarras y bandurrias, invade el salon y se llega al delirio de la alegría.

— « Hijos míos : (esclama D. Agapito, dirijiéndose á los obreros). Pocas palabras, os puedo dirigir, porque me ahoga la emocion.

« Mis hijos Eduardo y Alfredo, os gratifican hoy con un duro, que cada uno de vosotros tendrá apuntado en su libreta de la caja. Bendecid á mis hijos, y sed honrados. »

¡¡ Viva !! ¡¡ Viva !! resuena por el ancho salón y todo desde este momento es expansion y dulce alegría.

¡ Silencio, el Sr. Cura vá á hablar !

— Queridos hijos :

Dios sea bendito, el gozo que embarga mi corazón en estos momentos, no me es dado el espesarlo.

Feliz y muy feliz es mi vejez, cuando me ha sido permitido el presenciar por tres veces, el espectáculo tan solemne, que presenta este santuario del trabajo.

La ociosidad, es madre de todos los vicios; y el trabajo y la honradez, la bendicion de Dios.

Airada se encontraba la cólera divina, al presenciar un dia entronizado el vicio, en corazones que no habian sido dados á la vida sinó para practicar la virtud.

La ociosidad fué en su principio, causa de innumerables males que trajeron un cúmulo de desgracias, que con escándalo, todos presenciábamos.

El juego subyugando á dos almas, habíalas convertido en espectros repugnantes y delezna- bles, por todos aborrecibles, y llegado á un

estremo de degradacion, que nada mas bajo se podia concebir.

Pero llega un dia en que Dios tendiendo sus misericordiosas miradas sobre ellos, hizo llegar á sus corazones, un destello de su divina luz, y desde aquel momento, clara su inteligencia, despejados sus sentidos; pudieron ver el emblema de su regeneracion, que todo él, estaba representado en el trabajo. Nada de vacilacion, nada de dudas, al trabajo se entregaron con ardor, y los que antes eran seres despreciables lograron el aprecio de los demas: los que antes tenian su conciencia torturada por crueles amarguras, lograron obtener la paz del alma; los que antes consumian la miseria, vieron llamar á sus puertas á la fortuna.

Los que antes eran objeto de repulsion, son ahora objeto justísimo de bendicion.

Trabajo y honradez.

Aquí tenemos el talisman tan deseado para lograr la dicha.

Con él se ha fundado esta fábrica, este Templo mas bien; en amigable consorcio, nos encontramos todos reunidos, porque todos mostrais en vuestro rostro, las señales de la honradez,

los indicios de la paz del alma, y la esperanza de doradas aspiraciones.

Rendis culto al trabajo, y el trabajo os recompensa haciéndoos buenos padres, buenos hijos, buenos esposos y buenos hermanos. Proseguid con constancia esta tarea, vuestro es el porvenir, que Dios ha de ayudaros.

Gravad en vuestro corazon y gravad en el de vuestros hijos, la gratitud que mereceis, á esta honrada familia, predilecta de Dios: guardad por ellos, el respeto que á todos nos infunde su moral ejemplo, ellos son destinados por la providencia, para ser la felicidad de este pueblo; y este pueblo agradecido, los colma de bendiciones y su memoria ha de ser imperecedera, porque sus obras son inmortales como emanacion del mas puro afecto de sus corazones.

Benedicidlos, hijos mios, como yo los bendigo, y no olvideis jamás lo que ellos nos han enseñado, que: *el trabajo regenera las almas, y santifica al hombre.*



